

EL Alicantino

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En Alicante, un mes 1'50 pesetas.
En los demás puntos de España, 3 meses 5'00
Extraño, 3 meses 10'00

DIARIO CATOLICO

PUNTO DE SUSCRIPCIÓN

TELÉFONO NÚMERO 102.

En la Administración, de este periódico, Plaza de las Monjas, 1, entresuelo.
Anuncios á precios convencionales.

DEL BENEFICIO DE LA REDEMPCIÓN

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redempción: aunque mejor fuera adorar este misterio con un suntuo silencio, que hablar del tan bajamente con lengua mortal. Perdiste por tu culpa aquella primera inocencia y gracia en que fuiste criado, y pudieras justamente aquella divina equidad dejarte en aquel estado miserable, como dejó al demonio, sin aver quien se demandara, y no lo quiso hacer: sino antes por el contrario trocando las iras en misericordia, acordó de hazer mayores mercedes, quando avía recibido mayores ofensas. Y pudiendo él remediar es te daño con enviar un Angel, ó un Archangel, ó de otras muchas maneras; no quiso sino venir él mismo en persona: y pudiendo venir con Magestad y gloria, quiso venir con humildad y pobreza; para enamorarte más de sí con este beneficio, y obligarte á más con este ejemplo, y redimirte más copiosamente con tan gran thesoro, y darte más claro á conocer lo mucho que te quería, para que así le quisieses: y lo mucho que en él tenías, para que en él esperases. Esto es lo que con mucha razón encarece el Propheta Isaias por aquellas palabras, que segun la traslación de los Setenta dicen así: En todas las tribulaciones de los hombres no se fatigó ni cansó de padecer por ellos: y no quiso enviarles embajador ni Angel para que los redimieses; sino él mismo en persona por la grandeza de su piedad quiso venir á redimirlos, y traerlos sobre sus hombros todos los días del siglo: aunque ellos conocieron mal este beneficio, y eutristecieron y provocaron á ira al Espíritu Sancto.

Y si tanto debes á este Señor porque él mismo en persona quiso venir á redimirte, quanto más le deberás por la manera en que te redimió: que fué con tan grandes trabajos? Gran beneficio es por cierto que el Rey perdona al ladrón los azotes que merces: más que el mismo Rey los que ra recibir en sus espaldas por él, este es sin comparación beneficio mayor. Quántos beneficios encierra en sí este beneficio? Alza los ojos á aquel sancto madero, y mira todas las heridas y dolo es que padeció allí el Señor de la Magestad; porque cada una dellas es un beneficio por sí, y grandísimo beneficio. Mira aquel innocentísimo cuerpo todo sangriento, sembrado de tantas llagas y cardenales, y rebentada la sangre por tantas partes. Mira aquella santa cabeza caída de flaqueza, y derribada sobre los hombros: y aquella divina cara en que desean mirar los Angeles, como está desemejada y arroyada con los hilos de sangre, á unas partes reciente y colorada, á otras fea y denegrida. Mira aquel más hermoso rostro de todos los criados, y aquella cara que era comun leyte de los ojos que la miraban, como ha perdido ya toda la flor de su belleza. Mira aquel Sancto Nazareo más puro que la nieve, más blanco que la leche, más colorado que el marfil antiguo, como está más oscurecido que los carbones, y tan desemejado y afreado, que apenas podrá de los suyos ser conocido. Mira aquella sagrada boca amarilla y mortecina, y aquellos labios cárdenos y denegridos, como se mueven á pedir perdón y misericordia para sus muchos arremetadores.

Finalmente por dó quiera que le mirares, hallarás que no ay en él una sola parte libre de dolor; sino que todo él de pies á cabeza está cubierto de heridas. Aquella frente clara, y aquellos ojos más hermosos que el sol, están ya escurecidos y defunctos con la sangre y presencia de la muerte. Aquellos oídos que oyen los cantares del cielo, oyen blasphemias de pecadores. Aquellos brazos tan bien formados, y tan largos, que abrazan todo el poder del mundo, están desconjuntados y tendidos en el madero. Aquellas manos que criaron los cielos, y no hizieron mal á nadie, están enclavadas y desgarradas con duros clavos. Aquellos sagrados pies que nunca anduvieron por el camino de los peccadores, están moralmente heridos y traspasados. Y sobre todo esto, mira aquella cama donde yace, y donde duerme aquel esposo celestial al medio día, quán estrecha es,

y quán dura, como no tiene allí sobre que reclinar la cabeza. O cabeza de oro, como te veo por mi amor tan fatigada! O cuerpo sancto del Espíritu Sancto concebido, como te veo por mi amor tan herido y maltratado! O dulce y amoroso pecho, qué quiere decir essa llaga? essa tan grande abertura? Qué quiere decir tanta sangre? Ay de mí, como te veo por mi amor fuertemente alanceado! O Cruz rigurosa, no estás agora tan yerba: ablanda un poco tu dureza: inclíname essas ramas altas: abájame esse tan precioso fructo, para que lo pueda yo gustar. O crueles clavos, dejad esos pies y manos innocentes: venid á mi corazón, y heridlo; que yo soy el que pequé, y no él. O buen Jesu, que á tí con tantos dolores? que á tí con la muerte, y con los clavos, y con la Cruz? Verdaderamente con mucha razon dijo el Propheta: Muy agena y peregrina será su obra de quien él es. Qué cosa más agena ni más peregrina para la vida que la muerte? y para la gloria que la pena? y para la summa sanctidad y innocencia, que imágen de peccador? Ciertamente Señor esse titulo y essa figura peregrina es para tí. O verdadero Jacob, que con ropas agenas y hábito peregrino nos ganaste la bendición del Padre; pues tomando en tí imágen de peccador, nos ganaste victoria contra el peccador! O ineffable bondad! O misericordia no debidal! O amor nunca pensadol! O incomprendible charidad! Dime Señor, qué viste en nosotros? qué servicio te hizimos? con qué obras te obligamos á passar tales tormentos? O maravillosa largueza, que sin aver de nuestra parte ninguna merecimiento, ni de la tuya ninguna necesidad, quisiste por sola tu gracia y misericordia remediarnos por esta via! Aparescido! ha (dice el Apóstol) la benignidad y clemencia de nuestro Salvador; no por las obras de justicia que nosotros hizimos; sino por su gran misericordia, por la qual nos hizo salvos. O quanto deseaba este Señor que sintiésemos esta misericordia, quando por Isaias dijo aquellas palabras tan de notar: No me invocaste Jacob, ni trabajaste en mi servicio Israel: no me ofreciste los carneros en holocausto, ni con tus sacrificios me glorificaste: más con todo esto me hiziste servir en tus pecados, me diste bien en que entender con tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y el que nunca más dellós me acordaré. Traeme á la memoria, y eutremos, si quieres, en juicio; y mira si tienes algo con que seas justificado.

Pues ó clementísimo y dulcísimo Señor, qué ay en mí con que te pueda yo pagar tan grande beneficio? Si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adán, y todos los días y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fueron y serán; todo esto sería nada para pagarte el menor de los trabajos que padeciste por mí. Y pues por ninguna via puedo salir desta deuda, paguete yo siquiera, Dios mio, con nunca jamás olvidarme della. Pládate Señor por las entrañas de tu inmensa charidad, que así hieras mi corazón con tu sangre, que á dó quiera bolviere, siempre te vea crucificado: y dó quiera que pusiere los ojos, todo parezca resplandecer con tu sangre. Esta sea toda mi consolación, estar siempre crucificado contigo: y esta toda mi afflictión, pensar otra cosa fuera de tí. Mira Dios mio el precio porque me compraste; y no permitas que un tan precioso thesoro aya sido derramado en balde por mí: ni que, yo sea como el hijo abortivo, al qual pare su madre con gran dolor, y él no goza del fructo de la vida.

FRAY LUIS DE GRANADA.

JUEVES SANTO

Grandes y sublimes hechos conmemora en estos solemnes días nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana. Hace mil ochocientos cincuenta y nueve años que el fundador de su hermosa y civilizada doctrina muriendo en la sombra del Gólgota, regaba con su generosa sangre la primera semilla de una religión consoladora y vivificante.

Encenagado el mundo antiguo en el vicio y la disolución; la culta Grecia, la no

ble Roma, las sabias naciones de la tierra entonces conocida, se hallaban sumergidas en tenebrosa noche de crápula y orgía llegando á ser aquellos tiempos los de mayor inmundicia en la historia de los pueblos. En medio de tales circunstancias vino el Hijo de Dios al mundo, tomó carne mortal en las entrañas purísimas de una Virgen sin mancha, empezando en Betlem su regeneradora misión, su inmortal carrera que terminó en el afrentoso madero de la cruz, levantado sobre la tumba y cabeza de Adán en la cima más elevada del Calvario.

Allí salvado el mundo con aquella preciosa sangre empezó la redención del género humano; allí nació la libertad del pobre esclavo, que, aherrado y envilecido, era considerado por filósofos tan eminentes como Cicerón, cual un ser de alma distinta á la del hombre libre; muriendo el Rey de los Cielos como el hijo más despreciado de misera esclavitud, sobre el suplicio de parias, criminales y fasciados levantó su trono siendo el Salvador del mundo que con su doctrina incomparable enseña á todos los hombres la igualdad de procedencia, como hijos queridos de su corazón altísimo y del Dios creador de la Naturaleza. Entre los horrores de crueles suplicios, entre la burla y el escarnio, la bafa y la brutalidad, exhalaba su postrer aliento el Pacientísimo, el Justo, el que predicando la fraternidad entre los humanos les habla encomendado antes de morir á su Madre dolorida y acorrajada diciéndole: *«Mujer he ahí á tu hijo.»*

Tiempos y tiempos han pasado desde entonces; centenares de generaciones han cruzado sobre el haz de la tierra; millares de cunas se han nacido en ella; millones de sepulcros se han abierto; la faz del mundo ha sufrido transformaciones inmensas, y la doctrina de Aquél que eligió por sus discípulos á doce humildísimos hombres y por trono de su magestad el suplicio de los esclavos; se extendió por todo el orbe y donde quier existe una tribu se levanta como signo de civilización y esperanza la cruz, que fuera antes de tenerla Él entre sus brazos, señal de oprobio, escarnio y baldón, Reyes y poderosos magnates, inclinan ante ella su frente, pobres mendigos la adoran y el mundo venera lo que siendo instrumento del suplicio de Jesucristo es hoy señal de paz y alianza entre Dios y el hombre, único signo de salvación social. Barbaros sayones, soldados inhumanos fueron los que, con un exceso y lujo de crueldad que aterra, dieron muerte al Cordero sin mancha que humildísimo y manso dejóse inmolarse sin exhalar una queja, sin maldecir á sus verdugos, sin dirigirles una reconvencción. La expiación del pecado del Paraiso fué terrible; todo un Dios hubo de sufrir tales martirios y humillaciones para poder reconquistar con ellos la libertad del hombre perdida por culpa de Eva y Adán con los primeros días del Universo.

Jesucristo, el que con él bálsamo saludable de su predicación curó las envenenadas úlceras de que se hallaba cubierto el organismo social; Jesucristo, el que enseñó la paz entre los hombres, el amor entre todas las criaturas; Jesucristo, el redentor de la Humanidad moria por ella, por ella sufría, y por ella era vilipendiado y escarnecido, abofeteado, escupido, insultado, pospuesto á un criminal execrable y muerto entre dos ladrones, ¡generoso sacrificio que produjo millones de mártires y santos!

La sociedad que se desquiciaba, el orbe que se hundía, necesitó entonces de la mano de Dios que la contuviese en su inevitable ruina y clamando contra los vicios dominantes, y combatiendo todos los horrores que campeaban entonces, vino el que es suma sabiduría, luchando con la inmoralidad y el vicio, la sensualidad y la indiferencia hasta conseguir rendir á sus pies á los incrédulos y pecaminosos que hoy de nuevo se levantan.

¡Dios se apiada de nosotros!
El que murió entre agudísimos dolores, arrastrado y escarnecido por el pueblo judío siendo el Señor del mundo, cuya santa doctrina se abrió paso por medio de los suplicios y las persecuciones, y que cual ár-

bol frondoso creció y creció más y más, á medida que iba derramando á raudales la generosa y pura sangre de sus sacerdotes, solve al mundo nuevamente, pues se desquicia si Él no lo sujeta.

La religión del Crucificado moralizadora de la sociedad pagana, de aquel pueblo que adoró el vicio en una Venus y un Baco; la doctrina que predicada desde Betlem al Calvario cambió por completo aquel mundo de vicios y supersticiones, es la única que hoy puede salvarnos en el cataclismo horrendo, aterrador, salvaje, que nos amenaza á todos por igual, sepultando entre sus ruinas lo bueno y lo malo, lo puro y lo inundo. La religión del mártir que redimió á millones de millones de almas del dominio de Satán, y centenares de millones de esclavos de la más denigrante y bárbara servidumbre, es la que únicamente puede contener la catástrofe que nos aniquilará.

El mundo se arrojó en brazos del que los ojos estendidos en el árbol de la cruz llamaba á sí á todos sin distinción de clases, jerarquías y condiciones y ahogándose allí los odios y las enemistades, y cesando las venganzas y las ambiciones quedó regenerado el mundo entero siguiendo su doctrina.

El Martir Santísimo que espiró en la más amarga agonía, procuró al mundo que le sacrificaba, los goces más dulces, más puros, y más duraderos: la inteligencia halló en Él luz clara que le guiase en el terreno de la ciencia; la imaginación se inspiró en sus doctrinas, y la ciencia y el arte y la industria germinaron y progresaron bajo las ramas pomposas que por todos lados fué tendiendo el madero santo de la cruz reverdecido con tan preciosa savia.

Recojamos hoy nuestro espíritu en la consideración de los inmensos beneficios que la humanidad ha conseguido por la doctrina de Jesús; recapitemos los remedios que Él puede proporcionar al mundo moderno en sus convulsiones y postrimerias, y hoy postrado en tierra, hundida nuestra frente en el polvo, entonemos con los labios, repitamos con el corazón, lo que la cabeza siente, el único canto que puede salvarnos, el canto de las misericordias: *«Misere mei Domine secundum magnam misericordiam tuam.»*

JOSÉ M. DE ALFONSETI

Alicante 1892.

PERDÓNALOS, SEÑOR....

La depravación de la humanidad que desde la altura de la dignidad pristina en que la colocara la generosa é imponderable munificencia de la omnipotente mano que la dió el ser, descendió hasta encenagarse en el más repugnante conjunto de vicios, excesos, crímenes y extravagancias, movió el corazón amoroso de todo un Dios que anhelando conservar la pureza de la predilecta y más excelente de todas sus obras en el orden de la naturaleza, no encontró, no pudo encontrar otro medio de reparación en armonía á la vez con la excelcitud del juez juzgador, con la trascendencia incomensurable de los delitos que hablan de expiarse y con el amor hacia la criatura anonadada por el pecado, que el sacrificio del mismo Dios. Y Dios descendiendo á la tierra, se humilla hasta vestir la propia naturaleza que en su alta sabiduría imprimió al mismo hombre y tomando sobre sí todas las culpas de estos y todas las penas por ellos debidas, ofrece y da en satisfacción de unos y otras todo su cuerpo y toda su sangre, realizando el más estupendo de los sacrificios, que perpetúa en el tiempo y en el espacio para salud perenne del hombre, constituyendo con ello el prodigio más grande de amor y de poder que brotara del corazón y de la diestra Divina.

La purísima sangre que manando de la cima del Gólgota se extiende hacia los cuatro vientos de la tierra para llevar á todos los ámbitos del mundo los celestiales efectos de su virtud regeneradora y refleja su vivísimo colorido eurojeciendo las nubes con que el sol oculta su tristeza y el cielo esconde la expresión de su dolor, transforma á la humanidad arrebatándola

de las garras del pecado de origen y de la podredumbre á que sus naturales efectos, no contenidos por la gracia, la condujera. Las sociedades civiles rompen el férreo yugo que las oprime y sujeta, y los tronos de los tiranos ruedan al abismo rotos en mil pedazos; el pueblo oprimido por el monopolio de una aristocracia envilecida y metalizada sacude la opresión que la agobia, y á su vista se abren y se dilatan los horizontes de paz, amor y justicia que le eran desconocidos; el esclavo, aquel hijo espúreo de la sociedad antigua que luchaba alrededor del festín de su señor para salpicar de sangre los manjares con que satisfacía su gula y alimentaba su crueldad, ó dejaba su vida pendiente de las concupiscencias de las matronas del circo, hace añicos los eslabones que le aprisionan, suelta las esposas que le envilecen y vése enaltecido á la condición de hermano y amigo de quien antes le fustigaba. La familia fundada sobre la despótica autoridad de su jefe que convierte á la esposa en despreciable instrumento de placer, al hijo en esclavo y al siervo en bestia, recibe el hábito del amor purísimo que brota de aquella sangre divina y eleva, santifica y enaltece los vínculos del matrimonio y los afectos que unen entre sí á los elementos que la constituyen; la mujer degradada como ser inferior y despreciable se levanta á su justa dignidad de compañera del hombre; las artes encuentran los tesoros de su inspiración en las virtudes que brotan del corazón Delfico del Crucificado; las ciencias remontan su vuelo penetrando en los arcaos accesibles solos á la fé; la dureza de los preceptos de las antiguas legislaciones desaparece para ser reemplazada por la ley del amor; la caridad se enseña del mundo y el mundo todo renace á nueva vida con la libertad, la igualdad y la fraternidad de todo el género humano alcanzadas por el sacrificio de todo un Dios y recibidas al pié del madero santo de la Cruz.

Pero el eco del *non serviam* lanzado por el ángel malo al rebelarse contra su Dios y Señor, rompió las bóvedas celestes, corrió los espacios y vino á repercutir en el corazón del hombre altanero y orgulloso que creyéndose rey de la creación, pero rey espontáneo, rey increado, absoluto é independiente, levanta sus ojos al cielo con desprecio, mira á su alrededor y lanza un grito de montada independencia por el que pretende elevarse y alcanzar la meta de sus aspiraciones, negando todo orden sobrenatural, toda dependencia divina, toda subordinación á los preceptos y enseñanzas de la Iglesia de Dios. La obra de la redención del hombre es despreciada por el hombre mismo; el drama del Calvario es un mito, Cristo un embaucador, su Iglesia Santa un fantasma que debe desaparecer. Solo hay cierto y positivo el hombre con la antorcha de su razón como única fuente de verdad, faro luminoso y solo del que nace todo orden, toda armonía, toda ley, toda verdad. Engalanado el hombre con estas conquistas de su razón persigue el ideal de su fin puramente humano, y se suceden errores tras errores, heregías tras heregías; pero lamentar unos y combatir otras es de espíritus pequeños envueltos en la ignorancia de los descubrimientos modernos; preciso es abandonar aquella y dejarse llevar de éstos, y para el triunfo de esta tendencia aparece el gran acontecimiento del siglo diez y ocho, conmemorado ya en el diez y nueve, en que se proclama á la razón como única divinidad á que debe el hombre rendir adoración y acatamiento. No es ya sólo Cristo un ser imaginario; el mismo Dios es un mito.

Su santo nombre debe desaparecer de las instituciones, de los pueblos y de hecho desaparece y con él los efectos de la obra de la redención del hombre. En su lugar se levanta potente y orgulloso el Estado sin Dios, el Estado sin religión, el Estado sin creencias, el Estado que prescinde de los tesoros de caridad, de amor, de paz, de libertad, de igualdad y de fraternidad que brotan de aquella fuente viva del Calvario alimentada por la sangre de Cristo, y los reemplaza con la filantropía, el orden, la libertad, la igualdad y la fraternidad de las instituciones políticas, divorciadas de todo sentimiento cristiano y nacidas de solo la condición libre é independiente del hombre guiado á impulsos de su razón soberana. De esas instituciones y de esas leyes ha nacido la des cristianización de la sociedad moderna apareciendo como muestra y prototipo de sus conquistas el matrimonio civil, verdadero sarcasmo contra la santidad del Sacramento; á impulsos de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad divorciadas de la fé se ha pasado á degüello á los religiosos y se han

arrebatao los bienes á la Iglesia; tolerado esto y sancionado por los poderes públicos se pone en tela de juicio después el derecho de propiedad y aparece la escuela socialista con sus niveladoras aspiraciones.

Legítima su propaganda en mérito de la autonomía del hombre, parece avasalladora su pretensión y de sus inteligencias más conspicuas nace la escuela anarquista, última consecuencia, fiel trasunto, síntesis tristísima de las conquistas del hombre libre regido por el Estado sin Dios, que no pone trabas ni cortapisas á las manifestaciones de la libertad del pensamiento en la aspiración desenfrenada al éxito de todas las pasiones. Por eso la guerra que en principio mantuvo el hombre solo contra Cristo, ahora la dirige también contra sí mismo, contra el hombre. El deseo de destrucción no se limita ya á la obra de Dios; estiéndese también ya al poder del hombre. Si ha sido lícito combatir á Dios y á la Iglesia; á Cristo y sus Sacramentos, al Evangelio y sus enseñanzas; lícito, mucho más lícito ha de ser combatir y destruir al hombre y sus obras. Los anarquistas están en posesión de la lógica. De sus desmaños son tan responsables ellos como los que con sus doctrinas, en el orden de las ideas y con sus tolerancias en el orden del poder, los han engendrado primero y robustecido después.

La Iglesia, solo la Iglesia persiste hace diez y nueve siglos, en predicar una misma doctrina contraponiendo los tesoros de sus verdades y de sus virtudes al desbordamiento creciente de la humanidad, y su divino fundador reproduce uno y otro día y en todas partes el sublime sacrificio de nuestra redención. Y cuando la tierna y amorosísima madre del género humano se prepara á conmemorar los grandes misterios del Calvario, recordando al hombre que allí y solo allí está la única y verdadera fuente de verdad, de amor, de libertad, de igualdad y de fraternidad, forma triste contraste que hiela la sangre en las venas y apaga los movimientos del corazón, ver que á nombre mismo de la libertad y en aras de mayor cultura y más amplio progreso, se arroja al Sena al ministro del Señor, se acribilla su cuerpo á balazos, se insulta y atropella al orador sagrado en la misma cátedra evangélica; se destruyen los templos, obligando á suspender los actos del culto, se hacen caer á la explosión de la dinamita las casas de los magistrados de la justicia humana, los tronos bambolean, los gobiernos se conmueven, el orden, la seguridad y sosiego desaparecen y todo, todo tiembla, honor, propiedad, virtud, hogar, ley, amenazando anonadarse en el abismo y ello á impulso y como última consecuencia de la libertad desenfrenada, del progreso indefinido, del Estado sin Dios.

Dios mío, Dios mío; confunde á los que te desconocen, te niegan y pretenden destruir tu obra. Pero no; perdónalos, porque no saben lo que se hacen.

Alicante 13 de Abril de 1892.

EMILIO SENANTE.

LA REDENCION

La cólera ha pasado
Del Señor: por el valle que estoy viendo,
Queda el roble tronchado
Como lo está diciendo
Del rayo vengador el fuego horrendo.

¿Dó hallar quien la resista?
El desmayado sauce, convertido
En abrasada arista,
Por el cierzo impelido
Sube á espantar al águila en su nido.

Doquier horror de muerte,
Doquier la destrucción alzando el vuelo
Mueve su corazón fuerte;
Retumba el duro suelo,
Y el sol se oculta en sanguinoso velo.

Mirad en lontananza
La cruz de redención do muere el justo
Que confundir alcanza
A Leviatan adusto,
Paz dando al orbe desde el leño augusto.

¡Rugid, oh vendavales!
¡Bramad, oh truenos con acento bronco!
Potencias infernales,
Lanzad un grito ronco
¡Que el mundo abraza de la Cruz el tronco!

¿Quién ¡ay! quién es el triste
Sacriligo mortal que á la tormenta
Desesperado asiste,
Lívida y macilenta
La faz que sello criminal ostenta?

¡Judas! ¡Judas! detente:
Aparta de tu cuello esa lazada:
Desarruga la frente,
Do flota la encrespada
Meleua, por los vientos desatada.

Ese raudal precioso
De la Divina Sangre, en la altura
Del Gólgota riscoso
Es de perdón segura
Preuda á la corrompida criatura.

Mas ¡oh dolor! mirando
El signo agosto de salud y vida,
El apóstol nefando
La sogá maldecida
Trémulo aprieta á la garganta asida.

Luzbel, el fiero diente
Y la garra cruel, cual tigre hambriento,
Clava en la torva frente,
Y la inmonda en su aliento
Sellando el pacto de común tormento.

A la mansión precita,
Luégo le arrastra del cordel atado,
Y á la pena infinita,
Baja en ala del rayo destinado.

¡Maldito! el trueno exclama;
¡Maldito! ruge el huracán potente,
¡Maldito! el eco brama;
¡Maldito! dice hirviente
Entre ayes de dolor el lago ardiente.

Mientras el ángel bello
Las alas tiende hacia el Calvario santo,
Suelto el rubio cabello
Y descogido el manto;
Y el suelo besa y le humedece en llanto

Doblada la rodilla
Ante la Cruz donde el Señor del Cielo
Por el hombre se humilla,
Mira temblar el suelo
Del viejo templo, al desgarrarse el velo.

Y luego mar y tierra
Y el pabellón de estrellas tachonado
Y cuanto el orbe encierra,
Contempla renovado,
Y por luz más hermosa iluminado.

V. G. G.

LA CRUZ

Cristiano que cruzas los desiertos del mundo entretenido en jugar con sus arenas movedizas: escucha. Tal vez impelido por los fuertes vientos de las pasiones te has dejado arrastrar, como la hoja seca, por los caminos del vicio, Quizá tu corazón haya gustado una poca de miel, y grites que vas á morir. ¡Ah! No. Yo quiero, sino detener tu muerte al menos hacértela soportable. Si la hermosa flor de la esperanza está marchita en tu alma, quiero hacerla renacer, quiero que confíes. Si amas con delirio las cosas de la tierra, ven, escucha la voz de la muerte; mira que sólo te dará una vil mortaja... un poco de polvo... y necio serás si no dejas con mérito lo que abandonarás por necesidad.

Más no deseo ganarte por temor... No pretendo que te asuste la consideración del juicio... del infierno... de la eternidad. Quiero que medites la *Pasión del Señor*, que se cumplió, no solo diez y nueve siglos há, sino que es un hecho permanente... cotidiano... Te ruego alces tus ojos á la Cruz en que espira el Hombre-Dios, y la fé te mostrará tu nombre escrito en aquel madero; y sin con fervor te posternas en torno de la Cruz salvadora, verás que padece... y la sangre que mana de sus cinco llagas á tí solamente quiere purificar, pues S. Pablo te dice que este Dios salvador á tí solo te amó y se entregó á la muerte por tí.

Puede ser ¡oh alma que esto lees! que hasta hoy no te haya detenido á pensar en el gran amor que Jesús te tiene, ofreciéndose voluntariamente á pagar tus deudas, á sufrir la muerte...

El amor se conoce por los beneficios, se prueba por el sacrificio.

Pero en este mundo, y en estos días tristes que atravesamos, no reina más que el egoísmo. Pocos favorecen á sus prójimos, menos son los que se sacrifican por su bien: así que no es extrañable que con frecuencia te lamente de la falta de caridad. Más deja al mundo. Alza por piedad tus ojos á la Cruz y hallarás la esencia del amor, el cúmulo del sacrificio.

¿Qué ves en aquel madero? ¿No deseas saber quién es el que en él padece? ¡Ah! es el Hijo de Dios, el Santo por su excelencia; la inocencia misma... la Sabiduría y bondad infinita... Padece el que con una sola palabra sacó el mundo de la nada, el

Criador de los cielos y tierra... la segunda persona de la Trinidad Santísima.

¿Y qué padece? En el alma y en el cuerpo, en su honor y reputación, penas insufribles, amarguras sin cuento, calumnias monstruosas. ¿Cómo padece? Con invicta paciencia, con humildad profunda, con silencio sombrío, sin decir una palabra, ni para quejarse ni para defenderse.

¿Por qué padece?... Por tí... ¡Por mí! ¿Te causa extrañeza? ¿Y para qué padece por mí? Para que vayas al cielo... para hacer parte participante de su gloria... para que seas eternamente feliz... ¡Oh cuánto amor! Sí, hermano mío: justo es que tanto amor te llame la atención; necesario es que vengas á estudiar en la escuela de la Pasión, pues sus lecciones te salvarán.

Tú, pobre habitante del campo, que unas veces sufres el frío más riguroso, y otras el más copioso sudor bañatu frente, ven á contemplar á Jesucristo en su dolorosa Pasión, y le verás sudar sangre... pasar las noches sin abrigo.

Tú, pobre mujer que lloras por no tener un lienzo con que envolver á tus hijos, y te aflige el verlos sufrir una enfermedad, mira que Jesús nació en un establo y muere sin tener donde reclinar la cabeza... y eso que Dios... sus riquezas son inmensas... su casa es el cielo...

Tú que yaces en la mayor necesidad, que no tienes un pedazo de pan que llevar á la boca y te avergüenza en pedir, tú que te ves miserable y abandonado, ¡ah! no te quejes de la Providencia... no murmures... si sufres con resignación el cielo te se abre al morir, y para sufrir mira á Jesús en la Cruz: está lleno de hambre... tiene sed y le dan hiel y vinagre, y, abandonado de la tierra, hasta el cielo le desampara... Vosotros, si sabeis, fácilmente podéis ir al cielo... solo se necesita llevar esas penalidades con gusto. Sufrir por lo mucho que sufrió por nosotros Jesús.

Tampoco me olvido de tí, jóven enamorado del mundo y de tu efímera belleza: tú que ansias placeres, que buscas afanosa el amor, ven, mira á la Cruz, y en ella hallarás goces inefables; y si ese sensible corazón se entenece, si de sus ojos se desprende una lágrima, recógela con cuidado, haz que no sea la única: cuantas más, tanto mayor placer sentirás: San Agustín te lo dice. El que está en la Cruz, ¡oh jóven! está loco de amor por tí... Es digno de que le ames... No te abandonará jamás. Su amor no te hará sufrir... te hará siempre dichosa... ¿Qué dice? Jesús espera tu respuesta...

Ven tú, señora, al pié de la Cruz. Por tu estado, por la sociedad que frecuentas, por el aire emponzoñado que se respira en el mundo, necesitas más que nadie no apartar tus ojos del Crucificado.

Si Jesús no salvó á todos, á tí, mujer cristiana, te salvó dos veces.

Ven, hombre del gran mundo: y si con atención miras á la Cruz, dirás lo que un impío: «más impresión me causa la imagen del Salvador muerto en la Cruz, que todos los sermones del mundo»; pero tú obrarás mejor que él.

Venid los que dudais de todo, los que sois incrédulos por sistema; considerad las circunstancias que acompañan la muerte de Jesús y direis lo que el malvado Rousseau en uno de aquellos intervalos lúcidos: «Si la vida y la muerte de Sócrates bendiciendo al que le presenta la copa de veneno son propias de un sábio (según el mundo), la vida y la muerte de Jesús son propias de un Dios.» Pero... dejareis la inocendulidad, os abrazareis á Jesús... y querreis morir en sus brazos... ¡Ah! No lo negueis... Vuestro corazón os está diciendo que es la mayor dicha morir en los brazos de Jesús... ¿No es cierto que lo deseais?... Pues venid... Jesús en su agonía tiene sed... sed de vuestras almas... Muero yo solamente, dice, pero que viva el hombre... ¡Qué gran amor! ¿Y no es el hombre quien hace morir á Jesús? ¿No son sus pecados los que le dan muerte alevé?... No importa... No os asusten vuestros crímenes... No tengais miedo... Jesús tiene los brazos abiertos...

El título de *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*, que Pilatos mandó poner sobre la Cruz, entre otras interpretaciones dice esta consoladora: *Injuriarum non recordabor inimicorum*... No me acordaré ya más de las injurias de mis enemigos.

¿Quereis ir al cielo? Todos decís que sí. Pues ahora es el tiempo de emprender el camino... No os dejéis engañar... Si al dar el último suspiro quereis besar la imagen de Jesús crucificado, guardadla ahora en vuestro corazón... Tal vez esté cerca este momento, pues vuestra vida es un reloj andando; cada golpeito de ese reloj es un paso hácia la eternidad: y á la hora en que ese reloj se pare, para siempre para-

do quedará... para siempre marcará la misma hora: jamás variará... y si en ese instante no vivís en Dios nuestra condenación es segura.

Venid, pues, todos con humildad, con fervor y diligencia, con un corazón contrito y lleno de confianza en la misericordia de Cristo Nuestro Señor, á meditar ú oír la divina predicación de la Pasión. Jamás os olvideis de la muerte ignominiosa del Señor: olvidaros de ella es la más negra de las ingratitudes.

T. C.

LA MUERTE DEL PECADOR

BALADA

¿Quién en lujoso revuelto lecho,
Turbios, los ojos, pálido, inerte,
Lanza anhelante del hondo pecho
El son medroso del estertor...?
Si de la vida sombra es la muerte,
Esa es la muerte de un pecador!

Cual, de altos montes en la fragura,
Vuelve los ojos ardiendo en ira
Al blanco apero de la llanura
Herido en tierra lobo rapáz;
El moribundo gime y suspira
Volviendo al oro la torva faz.

Y allá entre nubes de nieve y rosa
El placer vuela cual sombra vaga:
—¿Sed tienes, dice, de goce ansiosa?
—Mi dulce néctar bebe hasta el fin!
—Mas, ¿y la muerte que ya me amaga?
—Necio! Es el sueño tras el festín.—

Cabe su lecho, de pie, afligido,
Le grita un hombre:—¡Mirad, hermano!
¡Volved los ojos arrepentido
Hacia este faro de eterna luz!—
Y ante su rostro con blanda mano
Alza ferviente la santa cruz.

—¡Oh, sí! ¡Miradle...! ¡Qué! ¿Dan eno-
De su costado los resplandores (jos
Á la pupila de vuestros ojos,
Acostumbrados á la maldad?
¿Temeis acaso justos rigores?
¡Oh, no, si os ama!—Padre, callad.—

—¿Callar? ¡Ay triste, si ya la muerte
Sobre tu cuello la espada esgrime!
¡Si pavorosa tu eterna suerte
Como un abismo se abre á tus pies!
¡Ven! ¡Dios te espera! ¿No vienes? Dime;
¡Lora y te salvas!—Padre, después.

Si aún de la vida veo á lo lejos,
Como arboles en tarde oscura,
Los encendidos gratos reflejos!
¡Si es tan amargo, padre, el morir!
¡Tan sola negra la sepultura!...
—¿Cuál es tu anhelo?—Vivir.—¿Vivir?

¿Ves esa vela que vacilante
La estancia alumbraba con luz furtiva?
Antes que en torno lance espirante
El postimer rojo fulgor,
Ya de tu vida la lumbre viva
Será tinieblas, noche y horror.

De nuestras almas el solo dueño,
Á quien pecando, con férreos lazos
Ciego colgaste del duro leño,
Te llama afable; di, ¿no lo ves?
¡Si aún amoroso te abre los brazos!
¿Qué te detiene?—Padre, después.

Cual llanto, el padre de un loco vierte
Si cuando espera quizá anhelante
Que su dormida razón despierte,
Trás espantable grito feróz,
Desencajado, la vista errante,
Delira el hijo con ronca voz;

Al impío acento del moribundo,
Juntas las manos, el Angel santo
Que en el desierto valle del mundo
Guarda los pasos del pecador,
Los tristes ojos, que baña el llanto,
Sin esperanza vuela al Señor.

¿Visteis en hondo valle escondido
Cual buitre hambriento con alborozo
Bate las alas y alza el graznido
Ante los restos de hedionda res?
Tal sobre el lecho Luzbel con gozo
Vuela y murmura:—¡Después, después!

El sacerdote calla doliente;
Cierra los ojos el moribundo,
Y allá entre nieblas su loca mente
Ve á sus delitos lentos pasar
El numeroso tropel inmundo,
Como las lentas olas del mar.

Y lanza un ronco grito de espanto;
Que, cual la blanda cera se funde,
Se torna en río de sangre y llanto
De sus riquezas el vil montón.

Y ve cual sube y en él se hunde,
Y allí se abrasa su corazón.

Y la Inocencia con negro velo
—¿Dó están los hijos que me robaste?—
Clama á su oído, sumida en duelo:
¡Dame á mis hijos, fiero Caín!
¡Los que entre flores asesinaste
De los placeres en el jardín!

Tiembla...; su oído, cual trueno asor-
Los infernales lúgubres ecos: (dan
Ve ya las olas que se desbordan
De hirviente lago bajo sus pies;
Y entorpecidos sus labios secos
Repiten siempre:—¡Después, después!

El sacerdote le grita:—¡Hermano,
Por vez postrera Jesús os llama!—
Y la cruz santa pone en su mano...
Más de la mano la cruz cayó.
—¡Murió!—El ministro de Dios exclama:
¡Por vez postrera le desoyó!

J. V.

IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO

Las cinco estaciones últimas están dentro de la inmensa «basílica del Santo Sepulcro», la cual contiene: el paraje donde Jesús fué despojado de sus vestidos, donde fué clavado en la cruz, el Calvario donde espiró en ella, y el sepulcro en que colocaron su cuerpo santísimo.

Esta basílica es irregular, porque en ella fué preciso acomodarse á los lugares que había de contener su recinto. Tiene tres cúpulas, la de la «Invencción de la Santa Cruz» al Norte, la del «Calvario» al centro, y la que cubre el «Santo Sepulcro», sirviendo allí de nave, al Mediodía.

Los católicos, los griegos y los armenios están cada uno en posesión de lo que le pertenece con su convento respectivo y adyacente, todo dentro de la basílica.

Entrando al gran templo, se ven, en un hueco abierto en el mismo muro á la derecha, sentados y fumando, tres musulmanes, interventores del Sultan, en señal de jurisdicción. Avanzando en línea recta, el primer objeto que se presenta á la vista es la «Piedra de la uncción», sobre la cual fué embalsamado el cuerpo Santísimo de Nuestro Señor Jesucristo.

La circuye una barandilla de hierro, y á los lados arden algunos cirios que costean los católicos, los griegos y los armenios, á quien es común este santuario.

Doce pasos á la derecha de la piedra de la Uncción se llega á unos escalones en número de diez y ocho, por los cuales se sube al monte Calvario.

Situado el jardín de José de Arimatea, donde fué sepultado el Redentor, en la parte meridional del monte Calvario, en la caída del valle que separa al Gólgota del monte Sión, fué posible comprender ambos lugares sagrados en un mismo edificio, aunque el uno esté en alto y el otro en bajo, con arreglo á su respectiva situación.

«El monte Calvario», al que se sube por los diez y ocho escalones, se levanta diez y ocho ó veinte pies sobre el nivel del pavimento. En la cima del Gólgota, cubierta de mosaico con mármoles y jaspes, se alza en medio del plano un altar que consiste en una plancha de jaspes sostenida con cuatro columnas; y debajo de este altar se ve y se adora un agujero cubierto con una plancha de plata: allí se fijó la cruz del Salvador.

Siete pasos á la izquierda de este altar, esto es, hacia el Mediodía en la cumbre del Calvario, se venera un círculo de dos metros de diámetro con azulejos de mármol, alumbrado con una hermosa lámpara: allí es donde crucificaron á Jesús.

Cuatro ó cinco pasos del «Lugar de la Crucifixión», ocho de la cruz del Salvador, y dos pasos detrás de ella existe un altar, en el punto en que permanecieron María y San Juan mientras Cristo estuvo pendiente de la cruz,

Cuatro pasos á la izquierda del punto en que clavaron á Jesús hay una ventana con reja, que dá á una capilla, cuya entrada tiene fuera del templo: es la «Capilla de Nuestra Señora de los Dolores», al lugar donde se retiró la Virgen y tuvo á su amado Hijo muerto en sus brazos. Diariamente se celebra allí una misa.

Bajando del Calvario á la derecha, se venera parte de la columna de los improperios, traída de casa de Pilatos.

Para bajar del Calvario á la «Capilla de Santa Elena», que es de los armenios, hay veintiocho escalones. Cuatro columnas sostienen su cúpula.

En la misma línea de la capilla de Santa Elena hay otra á diez pasos, en el lugar en que los soldados, jugando á los dados, sortearon la túnica que se venera en Tré-

ve is, á i como la esponja en la basílica lateranense.

«Santísimo Sepulcro de Jesús.» A treinta y tres pasos de la piedra de la Uncción á la izquierda, al Mediodía, se entra en la magnífica rotunda, cuyo círculo, de veinte metros de diámetro, forman diez y ocho grandes pilas tras que sostienen una galería y cúpula majestuosa. En su centro, debajo de la misma cúpula, se levanta un mausoleo de mármoles amarillos y blancos en forma exagonal á manera de catafalco. Dentro está el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. El sepulcro de los antiguos y ricos judíos no eran como los nuestros; generalmente se pinta mal el sepulcro del Señor. Para construir un sepulcro los judíos labraban verticalmente el frente de un peñasco; en aquella cara abrían una puerta ó entrada ovalada á pico y á cincel y martillo de un grueso proporcionado; después formaban una estancia rectangular, también á pico; en el lienzo que quedaba enfrente á la abertura de entrada, y correspondiéndose con dicho óvalo, abrían otro, y después otra cámara rectangular menor que la primera, dejando á la derecha de esta interior estancia un pozo sólido: encima de este pozo colocaban tendido el cadáver, cerrando la entrada exterior con una losa verticalmente.

Así es el Sepulcro del Señor; sino que la roca, á fin de formar el monumento mejor vista fué cortada por los lados que unían al monte Calvario, dejando intacto todo lo anterior. La entrada al Santísimo Sepulcro mira al Oriente, y las dos estancias de que hemos hablado forman dos lujosas cámaras. La primera se llama «La Capilla del Ángel»; la segunda, «La Gruta de la Resurrección.» «La Capilla del Ángel» debe su nombre á que allí encontraron sentado al Ángel sobre la losa que cerraba el Sepulcro las santas mujeres que subían á embalsamar el cuerpo del Señor. Tiene tres metros y cuarenta y cinco centímetros de largo, y dos metros y noventa centímetros de ancho; sus paredes están revestidas de mármol, la iluminan quince lámparas, y en el centro se eleva una pilastra con un pedazo de piedra que verticalmente cerraba exteriormente el monumento.

Al frente de la primera hay otra abertura más baja y más estrecha, por la que sale un gran resplandor, debido á la iluminación que ofrecen cuarenta y tres lámparas: esta es la «Gruta de la Resurrección.» Tiene dos metros y siete centímetros de longitud, de derecha á izquierda entrando, y un metro y noventa y tres centímetros de latitud; están igualmente recubiertas de mármol blanco las paredes.

Hay cuadros primorosos representando la Resurrección de Jesús. El himno de las lámparas escapa por tres aberturas hechas en la bóveda. El túmulo ó banqueta donde colocaron el cuerpo del Señor se levanta como un metro del pavimento. Sobre este altar celebran misa todos los días los padres Franciscanos, los griegos y los armenios guardando riguroso turno.

Formando el crucero de la gran basílica, se alzan dos capillas: una á la parte posterior del Calvario, en el lugar donde tuvieron preso á Nuestro Señor Jesucristo, mientras preparaban las cosas del suplicio y otra enfrente del Gólgota, conocida con el nombre de Longinos, y mejor con el de la Santa Cruz, por haber estado allí antiguamente oculta.

A cuarenta pasos de la capilla donde sortearon la túnica del Señor y á diez del Santo Sepulcro, se hallan un altar y una piedra de mármol en el lugar en que Jesús resucitado se apareció á la Magdalena en figura de hortelano. Al frente se venera otra capilla.

Para entrar á la gran basílica se paga á los turcos una moneda de dos pesetas, menos los sábados, que es franca y gratuita la entrada.

*

OTRAS NOTABILIDADES DE JERUSALEN

«El monte Sión» es un montecillo estéril y de color amarillento, abierto en forma de media luna por el lado de Jerusalén, de poca elevación y llano en su cumbre, en la que hay tres monumentos, ó más bien tres ruinas, que están en poder de los turcos, y son el «Santo Cenáculo, la casa de Caifás» y el sepulcro ó «palacio de David.» Parece monte en atención á que está rodeado de valles, pues por lo demás se halla con poca diferencia al nivel del terreno sobre que está edificada la ciudad. No es visitada hoy sino por algunos viajeros que pasan ligeramente; y por los muertos que llevan allí á reposar y esperar el último juicio, dado que el monte Sión es el cementerio de todas las naciones cristianas de Jerusalén; juntamente con el valle de Josafat.—El edificio situado en la pendiente

de la montaña, y que constaba de dos pisos, fué el llamado el «Cenáculo del Señor.» El primer piso se compone de tres cámaras, á las que se sube por algunos peldaños. La primera con dos columnas, que la dividen en dos naves, y á la que dan luz tres ventanas, en donde Jesús celebró con sus discípulos la última cena, é instituyó «el Sacramento de la Eucaristía.» La segunda, ocho peldaños más arriba, es donde Nicodemos esculpió la imagen de María, que con el nombre de Nuestra Señora de la Almudena se veneraba en Madrid en su iglesia destruída en 1868. En esta cámara hay una reja por la cual se ve la tercera, esto es, «la tumba de David,» ó mejor dicho, el facsímile de dicha tumba; pues la verdadera se encuentra debajo del facsímile, y á los cristianos está prohibida la entrada, bajo pena de muerte. Correspondientes á las cámaras dichas, se hallan subterráneas otras dos: una con dos pilas tras, donde el Señor lavó los pies á sus discípulos, y hoy habitación de las mujeres de los musulmanes, y la otra donde se conservan los restos del real profeta.—Hoy el Cenáculo está destinado á mezquita.

A doscientos pasos al SE. del Cenáculo se contemplan las ruinas de la casa en que según la tradición, tuvo lugar el «tránsito de la Virgen.»

Entre la puerta de Damasco y la de Herodes se veían antes las ruinas de una iglesia en sitio en que estaba la casa de Simón el fariseo, en la cual María Magdalena bañó con sus lágrimas los pies del Salvador.

La casa de Joaquín y Ana se hallaba cerca de la muralla y de la puerta de San Esteban, á poca distancia de la de Simón, en cuyo lugar se levantó una iglesia que contiene dos grutas abiertas en la roca, á manera de aposentos: el primero fué cocina; en el segundo nació María Santísima. Aunque cayó en poder de los moros, permitían á los cristianos celebrar la misa el día de la Inmaculada Concepción y el de la Natividad de la Virgen. Celoso el Hijo del Eterno de las glorias de su Madre, ha preservado este lugar milagrosamente de cierta clase de impurezas; pues las mujeres infieles que han osado mancharlo con su presencia, ó han muerto en su temeraria empresa, ó se han visto precisadas á salir al instante por no sufrir los tormentos extraños que experimentaban.

Saliendo de Jerusalén por la renombrada puerta de San Esteban y el torrente Cedrón por el puente de un arco que lo cruza, se halla á la izquierda, al pie de la montaña, la iglesia que encierra los sepulcros de San Joaquín, Santa Ana y San José y más adelante el sepulcro de la Virgen, en el que arden continuamente veintiseis lámparas de oro y plata.

En la cumbre del «Monte Olivete» hay una pequeña mezquita de forma octógona, resto de una iglesia edificada en el mismo paraje desde el cual Jesucristo glorioso subió á los cielos. En el centro, y en una especie de capilla de este edificio ruinoso, está patente sobre la roca el vestigio del pie izquierdo, y antes se veía igual el del pie derecho.

Bajando del «Monte Olivete» se encuentra á ochenta pasos el sitio donde Jesús enseñó á sus discípulos la oración dominical. Existe allí un convento de monjas, que llaman las monjas del Páter, y un patio con cuatro corredores que se unen formando un cuadrado, y en cuyas paredes se halla escrito el Padre Nuestro en treinta y dos lenguas.

Los naturales señalan en el valle de Josafat el punto en que nació la higuera en que se ahorcó Judas, no muy distante del sepulcro de Santiago el Menor.

Al Mediodía de la antigua Jerusalén se halla la fuente de Siloé «fuente de la Virgen», habiendo tomado este nombre porque María Santísima lavaba los pañales del Niño Jesús en los días que permaneció en Jerusalén con motivo de la presentación del Unigénito del Padre en el templo.

A treientos cincuenta metros de la fuente de la Virgen se halla la célebre piscina de Siloé, á la cual Jesús envió al ciego que acababa de curar con un poco de barro, en memoria de cuyo prodigio los cristianos se lavan con ella los ojos.

En Jafa hay un monasterio habitado por religiosos españoles de la observancia de San Francisco, que, con los italianos de la misma Orden, sirven en general los demás lugares de la Palestina.

Dentro del inmenso templo del Santo Sepulcro hay conventos latinos, griegos, armenios y coptos, y los frailes que los ocupan son los custodios del Santísimo Sepulcro y demás capillas y santuarios de la gran Basílica. No pueden salir sino cuando los musulmanes abren la puerta; así es que de sus respectivos ritos les lle-

